

EL ANHELO DE PAZ EN MEDIO DE LA VIOLENCIA



A diario nos sacuden las noticias de guerras, conflictos civiles, disturbios sociales, violencia familiar y enfrentamientos entre personas en todas partes del mundo. Más grave que recibir la noticia es acostumbrarse a ella y que ya no nos conmueva. Hay dos clases de insensibilidad: la que experimentan quienes miran las noticias desde un lugar lejano y la de quienes viven a diario en medio de la violencia.

En 1984, tras nueve años de guerra civil en el Líbano, con un grupo de amigos decidimos organizar un campamento juvenil de verano cerca de Beirut. Como tema elegimos “la paz”, y como subtemas, orar por la paz; ejercer la paz; descubrir la paz; paz interior y paz exterior. En lo contextual, sabíamos que los niños y los adolescentes padecían los males de la guerra más que cualquier otro grupo de edad. Desde una perspectiva teológica, reconocíamos que el mensaje cristiano giraba en torno a la paz de Dios en Cristo, que nos hacía hijos de la reconciliación.

El campamento no llegó a buen puerto. Los jóvenes no consideraban que la paz fuera algo apremiante. En su opinión, que no hubiese paz no era algo necesariamente malo. La guerra se había convertido en un modus vivendi. Producía entusiasmo, aventuras y un sentimiento lúdico en nuestra vida diaria.

Un joven dijo que le gustaba faltar a la escuela y contar con el día libre cuando había enfrentamientos sorpresivos en su vecindario. Otro habló del vínculo social y la libertad que se creaba entre vecinos y familiares en los refugios a prueba de bombas. Un tercer muchacho dijo que su padre, un vidriero, ganaba más dinero en tiempos de guerra, pues cientos de ventanas caían en pedazos cada día y había que reemplazar los cristales.

Lo que no habíamos esperado era que los jóvenes estuviesen mentalizados socialmente para aceptar la guerra como un estilo normal de vida. Incluso habían aprendido a valorar los elementos “positivos” de la vida en un cuadro de violencia. Contrariamente a la generación de más edad, que recordaba un tiempo de paz antes de la guerra, los miembros de esta generación no podían siquiera considerar la necesidad de que reinara la paz, por el contrario, procuraban

encontrar respuestas en medio de la guerra. No habían aprendido a anhelar algo más.

Más grave que la ausencia de paz es la incapacidad de anhelar la paz cuando impera la violencia.

EL TIEMPO DE TU VISITACIÓN DE DIOS (LUCAS 19:41-44)

Jesús está de visita en Jerusalén y descubre que no reina la paz, ni siquiera la esperanza de paz, así pues, llora por la ciudad. Al considerar lo que esto significa para el futuro de esa ciudad, prevé un tiempo en el que “tus enemigos...no dejarán en ti piedra sobre piedra...por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación”.

Quienes añoran la visitación de Dios también añoran “lo que propicia la paz”. ¿Pero cuáles son los elementos que propician la paz? En el texto no se mencionan. Puede ser cualquier gesto, actitud, decisión, acto o intervención que favorezca la paz.

Jerusalén, tal como su nombre lo indica, es “la ciudad de la paz”. Aún hoy, empero, no goza de paz. Para Jesús, se trata de una ciudad de oportunidades desperdiciadas, una ciudad con un futuro sombrío, una ciudad de sufrimiento. La paz no es lo único que está ausente en Jerusalén. Jerusalén no tiene bienestar porque no anhela la paz y no reconoce la visitación de Dios.

La paz de Dios trasciende las cuestiones políticas, sociales y psicológicas. Es una expresión de integridad. Es la tranquilidad de marcharnos una vez que se nos ha sanado (Mr 5:34) y un signo de salutación después de la resurrección (Jn 20:19-26). La paz no es un mero concepto sino una palabra que a diario se necesita para la vida.

Lamentablemente, a menudo la paz falta donde más se la necesita. No basta con reconocer que se la necesita, debemos estar dispuestos a recibir la visitación de Dios como príncipe de la paz para vivir la integridad de la paz de Dios.

Podemos desear la visitación de Dios cuando y donde estemos dispuestos para ello. Podemos pensar



que ya no habrá visitaciones, lo que provocaría una vida de apatía o de desesperanza. Pero Dios no siempre posterga las leyes de la historia por nosotros. En ocasiones no evitamos un desastre a tiempo. Sólo entonces tomamos conciencia de que hemos dejado pasar lo que pudo ser una oportunidad para la paz.

El tiempo tiene significado y los actos tienen consecuencias. Se producen desastres, explotan bombas, se cometen asesinatos y se pronuncian discursos insultantes. Debemos estar dispuestos a atrapar el momento de la visitación de Dios y a aprovechar todas las oportunidades de actuar en favor de la paz. ¡Cuántos desastres podrían evitarse si actuáramos con fe y valentía!

Gracias a Dios, las oportunidades desperdiciadas de trabajar en pos de la paz no neutralizan la esperanza de la visitación de Dios. La esperanza de la visitación de Cristo resucitado, que es la esperanza del mundo, puede reemplazar esas oportunidades perdidas de trabajar por la paz. El Cristo resucitado nos habilita para mirar hacia el futuro sin importar lo que el mundo prediga.

Como hijos de Dios, buscadores del reino, se nos invita a resistir a la violencia, prepararnos para la sanación y trabajar por la reconciliación.

PREGUNTAS

1. Reflexione sobre las formas de violencia en su entorno: en el hogar, en la calle, en las instituciones sociales, en la iglesia o donde haya situaciones de violencia.
2. Haga una lista de oportunidades en favor de la paz que no se aprovecharon en su entorno.
3. ¿Cuáles son las condiciones necesarias para la paz en su caso?
4. Haga una lista de los indicios de esperanza y los agentes de la paz dentro de su contexto.
5. ¿Cuál podría ser el significado de la visitación de Dios hoy en lo que a usted respecta?

ORACIÓN

Dios misericordioso, en nombre del príncipe de la paz, recordamos a...

Quienes viven en lugares que durante largo tiempo han padecido actos de violencia; rogamos por un nuevo inicio.

Quienes silenciosamente son testigos de la violencia de extraños y conocidos; rogamos por su coraje y su liberación.

Quienes ejercen la violencia contra sí mismos y contra los demás de forma ostensible o sutil; rogamos se los perdone y se arrepientan.

Quienes permanecen indiferentes ante las noticias de violencia en lugares lejanos; rogamos por la renovación de su corazón.

Quienes hacen de la paz una retórica política; rogamos que despierten.

Señor Dios, danos un signo de la armonía y la paz que deseas para toda la creación.

Haznos agentes de la esperanza y mensajeros de la paz, a semejanza de Jesucristo, nuestra paz. Amén.

AUTOR

Paul Haidostian nació en el Líbano y es ministro de la Unión de las Iglesias Evangélicas Armenias del Cercano Oriente. Es Presidente de la Universidad Haigazian, de Beirut. Es miembro del Comité Ejecutivo de la Alianza Reformada Mundial.